

DESEOS¹

Joan Salinas i Rosés

Como todos sabemos, desbrozar el concepto y función de lo que llamamos “deseo del analista” es algo que corresponde en su totalidad a la obra de Lacan. No es en Freud en quien encontremos definida esa función, si bien ello no nos impide suponer que a pesar de no haberlo formalizado, el deseo del analista referido a Freud y a su praxis, no operase, en cierta manera, en sus curas. Freud era, a decir de Lacan, “un hombre de deseo”.

Pero mas allá de eso la problemática freudiana acerca de la posición del analista en la cura es compleja. Compleja al punto de que si nos remitimos a lo que de su pluma podemos leer, es cierto que no hay mas remedio que concluir que una dirección de la cura al puro estilo y uso freudianos nos llevan a verdaderas dificultades.

La hipótesis que trato de presentar es que el desbrozamiento que efectúa Lacan del “deseo del analista” obedece a una necesidad lógica derivada de sus elaboraciones acerca de la dirección de la cura, o lo que es lo mismo, que un análisis, una praxis analítica tal como lo define Lacan, no es conducible sin que opere ese deseo. Para apoyar dicha hipótesis debería de recurrirse –(y no es el espacio ahora para ello) a sus elaboraciones acerca del manejo del goce, su diferenciación respecto al deseo y la llamada construcción del fantasma como sostén del deseo del sujeto, mas allá de la “selva” fantasmática con la que inicialmente se presenta.

Dicho todo lo anterior me sirve para plantear que en un análisis es determinante esa función del “deseo del analista”. Pero tal formulación, que en rigor, al estar referida a un deseo y a todo lo que sabemos del “deseo” propiamente dicho, no es a confundir, al igual que como se hace a veces, incluso entre nosotros, con una enunciación –(tengo deseo de... mi deseo es este...)- sino que mas bien hay que considerarla por los efectos que produce en el sujeto y que tratándose de un “deseo del analista” prioriza aquello que, estrictamente hablando, pone en acto en su praxis. Podríamos considerarlo incluso como una cierta forma de impropiedad conceptual el sostener que la función de dicho deseo del analista es posible a partir de formulaciones tales como “yo tengo deseo de analista”, si consideramos, sin ir mas lejos, la disimetría entre deseo y palabra. El que no sea enunciable va mas bien parejo a que sea posible notar sus huellas en las curas.

Además, y dado el debate acerca de las psicoterapias (la llamada analítica incluida)- ¿qué relación habría entre ese deseo del analista” y lo que podríamos llamar el “deseo del psicoterapeuta” ?. O también, ¿ que seria eso

¹ Texto leído en la “Jornada Conjunta de las FCCL” (Formaciones Clínicas del Campo Lacaniano) de Catalunya, Madrid, País Vasco y Asturias, sobre el tema de “La posición del analista en la cura”. San Sebastián. 11 de Junio de 2005.

en relación al des-ser, a la relación del practicante con sus pretensiones anticipadas, que encontramos en la base de toda psicoterapia ?

Por ello mi título de “deseos” en plural, para diferenciar, aunque sea inicialmente ese deseo del analista de lo que podríamos llamar “deseo del psicoterapeuta”.

Comenzare por un planteo, muy abreviado de algunas claves freudianas del problema.

Cuando Freud escribe que “los resultados de un psicoanálisis residen en los efectos de sugestión si por ello entendemos los efectos posibles sobre el paciente por medio de la transferencia existente”, vemos que establece claramente el vínculo entre transferencia y la sugestión inherente a la misma. En otras palabras: ya no se trata de que el analista –recordemos la evolución de la praxis de Freud al respecto- tenga deliberadamente una práctica sugestiva, sino que la misma transferencia conlleva efectos de sugestión, simplemente por la existencia de la misma.

Así, cuando el Freud que ya había abandonado la práctica deliberada, -y sin duda “bien-intencionada”- de la sugestión escribe que “un exceso de sugestión nunca ha ocurrido en mi práctica”, refiriéndose al apoyo que toma en la transferencia, vuelve a redoblar ese vínculo. Toda la obra de Freud está atravesada por esa polaridad, y el deslizamiento desde la transferencia a unos efectos sugestivos –esa es una de las dificultades del tema- se produce autónomamente en el analizante, no ya a partir de una intervención del analista que busque eso, sino al contrario: que es del analista de quien cabe esperar haga algo para que ese deslizamiento hacia los efectos de sugestión no solo no se consolide sino que no dificulte la cura. Sino es así, la voluntad o la intención de evitar la sugestión es tan ineficaz como la eficacia que encontramos en su reverso: que en toda psicoterapia, en ausencia de ese deseo del analista, la sugestión, -aunque sin ser buscada en el mejor de los casos- es operante y derivada de la intención del analista, aunque sea solamente “terapéutica”, en la mejor intención, no necesariamente oblativa. Se requiere, en consecuencia y desde Lacan, que sea “algo” de un orden de sobredeterminación superior a la determinación de la intención, sentimientos o voluntad lo que efectivamente debe de operar en toda cura analítica.

Vemos que el eje pivota en torno a que acción se espera del analista para evitar esos efectos de sugestión. O también para decirlo con Lacan, recordar su frase: “un análisis es la cura que se espera de un analista”. Nos podemos preguntar entonces ¿qué es lo que se espera de un psicoterapeuta ?. Hay una respuesta, simple, si lo consideramos desde el paciente y su demanda: una eficacia terapéutica puesta como objetivo prioritario consolida su demanda y encuentra su recepción, eco y respuesta en la práctica que en la búsqueda de dicha “terapéuticidad” se apoya. ¿Podemos llamar a esa práctica “la terapéutica” que se espera de toda psicoterapia ?

Apostaría por la respuesta afirmativa, pero matizando la cuestión de la dimensión terapéutica. Dejando claro que es el objetivo prioritario de toda psicoterapia, no por ello es una dimensión ajena a un análisis. Sabemos de los efectos terapéuticos del mismo, pero hay que recordar también que la diferencia con una psicoterapia, es que en un análisis esa dimensión no es ni buscada, ni priorizada ni, en suma, algo que ocupe/preocupe al analista. Recordemos que ya el propio Freud se encargó de demostrar que la búsqueda de una pronta curación no hace sino obstaculizarla, y que además, en un análisis, esa dimensión terapéutica, eventualmente asequible forma parte de un recorrido cuyo horizonte situamos más allá del alivio y/o de la llamada curación.

Si Freud nos invita a desconfiar del practicante que prometa, asegure o anuncie “curaciones”, Lacan va más lejos al establecer una disociación entre psicoterapia y análisis.

La llamada “efectividad terapéutica” de un análisis le es, sin duda, propia pero sin significar en ello que este sea su objetivo ni a aquello a lo que un analista deba de apostar.

1).-La transferencia pide sugestión.

Pero estamos acostumbrados a leer, en ciertos textos, que un análisis este referido a una situación dual, a una reciprocidad. ¿ Si lo que esta en juego en la transferencia es el amor, si el amor es un sentimiento, si los sentimientos, en su dimensión imaginaria son recíprocos, ¿ porqué no se da una reciprocidad en la relación analítica, porqué no hay correspondencia amorosa o porqué el llamado analista, autodefinido como psicoterapeuta “lucha” con las armas de su buena intención para que no sea así ?. Veremos que dependiendo de la respuesta, estaremos ante el callejón sin salida de la contratransferencia o ante el efecto del llamado deseo del analista.

Si este deseo opera dichos sentimientos no son recíprocos porque por una parte el analista no se pone en dualidad, pero además porque su lugar, el de verdad, no es el de ocupar el lugar de una persona. Esta más bien en el lugar de una función, y una función sostenida por lo que se le supone de entrada, un saber y ocupando, además, el lugar del Otro, manejando ese “objeto “a”, que por serlo de la pulsión, al igual que esta, es también dúctil a los efectos de la palabra. De no ser por eso serían difícilmente explicables los efectos de un análisis en lo referente a los cambios en la economía de goce del sujeto, teniendo en cuenta que operamos solamente con la palabra.

En la “Dirección de la cura”, escrito al que me referiré, encontramos esa frase: “Que un análisis lleve *los rasgos de la persona del analizado* es cosa de la que se habla como si cayera por su propio peso”. Hay una crítica aquí, no demasiado explicitada. ¿Qué es lo que cae por su propio peso ?, -se pregunta Lacan-, y responde: son los rasgos del “analizado” que no solo están en el análisis sino que lo impregnan.

Por una parte eso es cierto, y por eso la singularidad del caso a caso, pero tratándose de la dirección de la cura y de lo que le sigue, la crítica se puede entender en el sentido de que si no hay una dirección de la cura ajena a la llamada contratransferencia, esos rasgos del “analizado”, son los que predominan y determinan, de hecho, la cura en tanto se sitúan en el eje de su dirección.

¿Cómo se sitúan en el eje de su dirección ?. Lo pueden hacer si el analista a estos rasgos de “la persona” del analizado, que muy bien podemos llamar su transferencia, le responde con algo de la misma estopa, en reciprocidad o en lucha contra ella, que de hecho es lo mismo. Responder a los rasgos del analizado, para enfrentarse o combatirlos, es de hecho hacer de ellos la estopa determinante de esa cura. Dicho de otro modo y redundando: si toda respuesta a la demanda es sugestión, ¿hay una sugestión irreductible en toda psicoterapia ?

Es por eso que el peso de dicha sugestión puede caer o no. Lo que si queda claro es que al “peso” que se constituye ya por estructura se le puede añadir otro peso causado por la dirección de la cura, un “ready made” como decía Freud, o esa “impropiedad conceptual” al decir de Lacan.

¿Qué es lo que conceptualmente tiene de impropio la contratransferencia ?. Dicho en breve: Freud mismo ya la definió en la literalidad de un “ir contra”, un oponerse el propio analista a aquello que en el se le suscita a nivel de sus sentimientos el saberse/sentirse objeto de la transferencia del analizado. Es a eso suscitado contra lo que el analista debe de oponerse, “luchar”. Verdadera lucha interna pero estéril: sabemos que oponer una voluntad o intención a un sentimiento no hace sino aumentarlo ...

Oponerse a uno mismo vía el ejercicio de la propia voluntad, con la mejor intención, sin duda, es algo de la misma lógica que encontraremos, después, acerca del concepto de no ceder ante aquello “prohibido”, teniendo como sostén solamente un soporte argumental, teórico, ideológico o moral.

Si en la contratransferencia el analista debe de oponerse a aquello que pueden suscitarle los sentimientos transferenciales, en la llamada resistencia, debe de oponerse y luchar contra aquello que en el paciente, supuestamente, se resiste. Recordemos esa cita: que el inconsciente no resiste y que la llamada resistencia es siempre del analista.

La lógica es la misma. Pero lo interesante es que Lacan añade , lo que el llama una “mala palabra”, que es la palabra “amasar”. En la lógica de la contratransferencia los analistas que así la consideran y tratan de autoanalizársela, están hechos de “la misma arcilla de aquellos a quienes amasamos”.

Es interesante darse cuenta aquí de la *dimensión dialéctica* que introduce Lacan. Y es la siguiente: la contratransferencia sirve para “amasar” la transferencia en el paciente con la misma “arcilla”/material con que esta hecha la contratransferencia del analista. Situación que nos remite entonces a una situación dual, de autentica reciprocidad, pero que si vamos a buscar su origen no hay que situarlo en el analizante sino en la arcilla del propio analista.

Es en el Escrito “Intervención sobre la transferencia” que Lacan claramente ubica la transferencia negativa de Dora como “respuesta” a la contratransferencia del propio Freud. Si cogemos ese eje teórico muy pronto llegamos a concluir la determinación que la contratransferencia –y su intención, contra intención, voluntad o ausencia de deseo- determinan en la transferencia del sujeto. No ando muy lejos de la afirmación de que la transferencia se amolda a su interpretación, por donde se desprende la formulación teórica de interpretar en base a la transferencia establecida, sin interpretarla...

Es por eso que Lacan pasa a la expresión de “reeducación emocional”. Reeducación emocional efectuada bajo el nombre de “psicoanálisis”, siendo el analista aquel que dice que es lo que hay que reeducar en esa cura que no es mas que lo que después denominara “dirección de consciencias”: pura sugestión, pura dirección hacia una meta trazada “a priori” por la propia intención.

Tenemos entonces que la evidencia de que la transferencia esta hecha a la medida de la contratransferencia, en una aparente paradoja pero que se explica por el efecto “constructivo” de la interpretación, sobre todo si es interpretación “de” la transferencia.

2).-La cuestión del ser.

Lacan, y a propósito del deseo, lo ha relacionado con la cuestión del ser del analista: “el deseo es la metonimia de la falta en ser” o también “el analista esta tanto menos seguro de su acción cuanto que en ella esta mas interesado en su ser.” ¿Qué decir entonces ante la situación en la cual el analista dirige una cura con una intención, con un fin predeterminado, poniendo en juego no solo su “ser” sino los ideales de su persona ?

Años después, en Seminario sobre La Ética señalara que el analista, asumiendo su responsabilidad no puede ser “juzgado” por sus supuestos o reales errores. No hay en ello “culpabilidad”. Esta, si la hay, y la hay, la reserva a solo cuando el analista comete lo mas grave que en Lacan he encontrado como descrito: cuando el analista cede sobre su deseo, es decir, cuando actúa en base a un fin/ánimo/objetivo personal cediendo así al deseo que en tanto analista se supone sostiene su acción: *el deseo del analista*.

Avanzando un poco mas en el Lacan posterior, cuando introduce el concepto de acto, acto analítico, les planteo también la hipótesis de que la cita de que “el analista esta menos seguro de su acción cuanto mas esta interesado en su ser”, coincidiría con lo que nos dice a propósito del sujeto del acto.

Recordaran la definición de aquel Seminario: “el acto analítico es un acto en el que el sujeto del acto no es”, es decir, no hay sujeto del acto. Poniéndolo en un paralelismo podríamos decir que cuando menos interesado esta en su ser, cuando menos le funciona la dimensión de considerarse como sujeto y actuar a partir de allí, es decir, cuando mas es un sujeto del acto que por definición no tiene sujeto, es entonces cuando mas seguro puede estar de su acción. Es decir, se habrá situado en ese “no pienso” que es condición del acto analítico.

Debo añadir la salvedad y la diferenciación entre que aquello que llama seguridad de la acción en 1958, es semejante a cuando define el acto analítico y lo refiere a aquello que produce lo imprevisible/impredecible. Y allí no hay seguridad. Solo hay la seguridad de un cierto “efecto del acto”, que como nos dice es el de “producir un incurable”, es decir, dejar en el sujeto una marca que no es posible quitar ni hacer vuelta atrás.

3)-Deseo del analista.

Creo que es el “La dirección de la cura” donde Lacan nombra por primera vez al “deseo del analista”. Lo hará bastantes mas y casi siempre en relación a la ética del psicoanálisis, en cuya cúspide estaría dicho deseo.

La referencia al mismo como un “deseo no puro” la encontramos, al menos en el Seminario XI –(“Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”)- y en el Seminario sobre “La ética del Psicoanálisis”.

Lacan tomó la tragedia de Antígona como introducción a la problemática del deseo, en particular en la ultima parte de este Seminario: “la dimension trágica de la experiencia analítica”. Hay que decir que esta problemática es la que Lacan sitúa del lado de la ética, diferenciándola del bien y/o de querer el bien del otro que estaría en el registro de la moral, y de lo peor de la moral.

Esta problemática del deseo Lacan la plantea en dos frentes.

El primero, en tanto referido a la experiencia analítica, sería lo que entendemos como deseo del analista. El segundo sería el deseo del ser humano en tanto tal, de ese llamado “hombre común” que se satisface con sus bienes referidos al deseo del Otro. .

Podemos encontrar, por tanto, una primera diferencia: el deseo del analista no es el deseo del hombre común, que siendo poseedor de bienes, difícilmente se acercara a un analista, pero, ¿es el deseo del analista equivalente al deseo del héroe, Antígona en este caso ?

La respuesta estaría del lado del no. Doy de momento una primera referencia. El deseo de Antígona sería un deseo puro, y por ello transgresor de

la Ley, y en consecuencia ligado a la muerte. Por el contrario, el deseo del analista, Lacan lo dice, no es un deseo puro, es mas bien un deseo advertido, inédito, un “deseo de obtener la diferencia absoluta”, como leemos en el Seminario XI.

Pero si es cierto que si Lacan antepone el héroe y la tragedia a este Seminario sobre La Ética y que concluye con la cuestión del deseo del analista, es porque hay dos vías de acercarse a él: la vía de tomar como modelo el sujeto del acto heroico/trágico o la vía de tomar, para no equivocarnos, el deseo a través de una topología, y es lo que dice Lacan varias veces en el texto, tomando la Ate como referencia a no cumplir: para ello deberá de haber servido el análisis del analista. Sería como un despertar que posibilitaría ese deseo inédito, “deseo de despertar” con que Lacan rotula también ese deseo del analista.

Yendo al Seminario XI, a este respecto, Lacan se refiere a un análisis como un “llevar la experiencia del sujeto al plano en el cual puede presentificarse, de la realidad del inconsciente, la pulsión”, pues la demanda transferencial deja un resto metonímico llamado deseo, expresión de esa pulsión, incluiré también esa frase de Lacan al final del Seminario: *“si la transferencia es lo que de la pulsión aparta de la demanda, el deseo del analista es la que la restablece”*.

Considero entonces la frase con que Lacan termina ese Seminario XI: “ El deseo del analista no es un deseo puro. Es un deseo de obtener la diferencia absoluta”. Es un deseo que concerniría a lo que queda del ser del analista, en ese actuar con su propia falta en ser, tal como lo he descrito antes. En caso contrario estaríamos en lo que dice Lacan al final del Cap. VII: “si solo hablamos como el animal que somos, en nuestra dimensión imaginaria podremos decir solamente ‘yo’.” Y el Yo no es precisamente hablar desde el no-ser o el des-ser que tenemos como efecto del propio análisis.

4).-Deseos.

Dejo aparte lo que Lacan dice acerca de lo que llama “el hombre común al servicio de los bienes”, para enfatizar solamente un punto: el de la disimetría entre deseo y palabra, o lo que es lo mismo, que el deseo no es enunciable.

Sírvame entonces eso para diferenciar entre ese deseo del analista, y lo que decía al comienzo, aquello que un sujeto nombra, dice, explica como su deseo. Si eso fuese un deseo, o el llamado “deseo del analista” se contradeciría la disimetría entre deseo y palabra y se consideraría al deseo como algo nombrable, enunciable.

Para apoyar esa diferenciación seré breve. Si el deseo está sostenido por el fantasma y causado por el objeto “a” que encontramos en su formula, todo aquello que el ser hablante nombra como siendo “su deseo” no sería sino la dimensión imaginaria del fantasma y del deseo sostenido en el, es decir, que en lugar del “a” en tanto resto real, lo que encontramos es el “i(a)”, es decir, el objeto “a” envuelto en sus vestimentas de semblante, señuelo o

imaginarización. Es lo que he citado mas arriba cuando Lacan hacia referencia al animal y a lo que llamamos el Yo o cuando el sujeto confundiendo el objeto con su “envoltura” no hace sino engañar su propio deseo.

Para terminar, dejo para la discusión de después la cuestión de lo que se podría llamar “deseo del psicoterapeuta”. Algo me parece claro y es que no es el deseo del analista. ¿ Porqué un analista renunciaría al mismo para hacer una psicoterapia ?. La otra cuestión, que insiste, desde el Seminario de “La ética del psicoanálisis”, es la diferencia entre ese “hombre común y sus bienes” y un analista. Si la línea divisoria Lacan la sitúa en la existencia y función del deseo del analista, podemos decir, acerca del psicoterapeuta que su deseo seria equiparable al de ese “hombre común”, en tanto como psicoterapeuta es así como si sitúa en su praxis.

Diré solo algo mas que disipa cuestiones que no son sino nominalistas. Lo que para mi diferencia un análisis de una psicoterapia es la existencia y efectos de ese deseo. Y ello se puede dar de manera ajena a la demanda que se recibe, al numero de sesiones o incluso a lo que el sujeto al que atendemos cree que esta haciendo, sea en un cara a cara, sea en un diván.

Si un analista que recibe una demanda se sitúa desde el inicio en su lugar Otro, escucha e interviene en tanto analista, dependerá mas de su posición y del lugar que reserve a la escucha de los enunciados del sujeto el que su praxis sea analítica o no.

Y es en consecuencia a ello que reivindicar o solicitar un lugar de “psicoterapeuta” es de hecho situarse en el mismo antes de que la demanda de un sujeto, uno a uno, la hayamos podido oír, De lo que no hay duda es que si la escuchamos como psicoterapeutas, no la escuchamos como analistas.

=====